

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN (1754-1817)

ELEGÍAS

ÍNDICE:

ELEGÍA I

En un empeño temerario

ELEGÍA II

En la muerte de Fílis

ELEGÍA III

La partida

ELEGÍA IV

El retrato

ELEGÍA V

A Jovino: el melancólico

ELEGÍA II

De mi vida

ELEGÍA I

En un empeño temerario.

Amor, desdenes, ira y todo junto
El bando de la envidia y de los zelos
Se han unido en mi daño a un solo punto.

La medrosa inquietud con mil desvelos
Cubre mi infeliz pecho de amargura:
Doy lástima a la tierra y a los cielos.

Yo vi en mi daño una doncella pura,
Término de beldad y con mil dones,
Que exceden toda humana criatura.

Sus ojos son de fuego; sus razones
Hacen al que las oye temblar luego,
Y encanta en su saber los corazones.

Yo la miré y temí, y un blando fuego
Sentí que por mis venas discurría;
Y a todo lo demás halléme ciego.

Volvióseme tristeza la alegría,
La paz del corazón tormenta brava,
Y obscuridad infausta el albo día.

Nunca empero del daño me apartaba,
Mas antes vanamente confiado
Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,
Ni de las roncadas olas el bramido,
Ni el aquilón por ellas despeñado,

Ni la negra tiniebla, ni el gemido
De los que anega el mar, ni de mi leño
El cruxir, ni el camino no sabido,

Bastaron a apartarme del empeño,
Ni a volverme al lugar do me alejaba;
Que Amor me arrebatara a mi despeño.

La orilla con los huesos blanqueaba
De muchos que perdieron ya la vida,
Y otros el viento por la mar llevaba:

Yo alegre en tanto en rápida corrida,
Las olas iba de la mar cortando,
De la mar en mi daño embravecida,

Y en necio error en el Amor fiando,
Que calmase aguardaba la tormenta,
Así a solas conmigo razonando:

¡O flaco corazón! ¿qué te amedrenta?
¿Que rezelas cobarde, o que te espanta,

Si un Dios tu vela y tu esperanza alienta?

¿Pretendes por ventura gloria tanta
Sin peligro alcanzar? ¡Ay! que la gloria
Es solo del que al riesgo se adelanta.

Y aquel solo es el digno de memoria
Que trepa a la difícil aspereza,
Do eterna hará la fama su victoria.

¿No ves, no ves, cuitado, tu baxeza?
Pues alza ya los ojos a la cumbre
De aquella sobre humana gentileza.

¡O beldad celestial! ¡o gloria! ¡o lumbre!
¡O angélico semblante! ¡o luz del día!
Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbre.

Tú mi norte serás, serás mi guía,
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa:
Tuya es mi libertad y el alma mía.

Yo sé que qual gigante despeñado
Seré al fin, o qual ícaro atrevido,
En medio el hondo mar precipitado.

Sé que el ciego me arrastra embebecido
Donde pueda acabarme: sé mi engaño,
Y quan alto mi error haya crecido.

Y el origen fatal de tanto daño
Sé para más dolor, y sé la llama
Donde ardí incauto para mal tamaño.

Y sé como el tirano a sí me llama,
Y a mi rota barquilla en nada ayuda
Contra el sonante mar, que hinchado brama.

Todo lo sé, señora; mas no muda
Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,
Pues ya aun me veda que al remedio acuda.

¿Y qué gloria mayor, puesto que muera,
Que fenecer por vos? ¿quién lo alcanzara?
¡Ay! ¡si el crudo me oyese, y luego fuera!

Mi fatal caro al menos lastimara
Vuestro pecho en crudeza empedernido,
Y aun piadoso quizá mi fin llorara.

Con esto del camino no sabido
Pisara yo la senda confiado,
Y ni sombra temiera, ni alarido.

Mas ¡ay mísero! ¡ay triste! que el ayrado
Mar se encrudece y amenaza el suelo,
Y a su furia el Amor me ha abandonado.

Los vientos silban, se obscurece el cielo,
Cruxe frágil el leño, y donde miro,
Encuentro de la noche el negro velo.

Me quejo, gimo y por demás suspiro:
La muerte a todos lados me saltea,
Y mi barca infeliz perdió ya el giro.

Tal merece quien tanto devanea
Y a imposibles osado se aventura:
Si por su daño alguno los desea,
Sírvale de escarmiento mi locura.

ELEGÍA II.

En la muerte de Fílis

¡O! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y al labio salga en dolorido acento
La aguda pena en que morir porfío.

Con lastimeros ayes gima el viento,
Y entre suspiros y mortal quebranto
La falta de la voz supla el lamento.

Los ojos cieguen con su amargo llanto,
Y lejos de la luz siempre en obscura
Noche fenezcan en desastre tanto.

Truéqueseme la dicha en desventura,
Ni jamás bien alguno esperar pueda,
Pues me robó la muerte mi luz pura.

¡Fílis! ¡amada Fílis! ¡ay! ¿qué queda
Ya a mi dolor? ¿faltaste, mi señora?
¡Como la voz el sentimiento veda!

Allá volaste al cielo a ser aurora,
Dexando en llanto y sempiterno olvido
Esta alma triste que tu ausencia llora.

¿Qué? ¿ni mi dulce amor te ha detenido?
¿Ni la amarga orfandad en que me dexas?
¿Tan mal, querida Fili, te he servido?

¿Así de este infeliz, así te alejas?
Vuelve, adorada, vuelve a consolarme;
No mas desdeñes mis dolientes quejas.

Pero tú no pudiste abandonarme:,
El golpe de la muerte, el golpe fiero
Solo de tu alma luz logró apartarme.

¡O muerte! ¡muerte! ¡o golpe lastimero!
¡Ay! ¿sabes, despiadada, lo que hiciste?
De todos tus delitos el postrero.

¿A quien con mano bárbara rompiste
El feliz hilo de la tierna vida,
Y en el sepulcro despiadada hundiste?

¿A Fílis? ¿a mi Fílis? ¿mi querida?
¿Mi inocente zagala? ¿Su ternura
En que pudo ofénderte? ¡o fementida!

¿No te movió su angélica hermosura,
A que no mancillases insolente
Tan delicada flor en su alba pura?

Jamás yo te creí tan inclemente;
Mas este golpe, golpe lamentable,
¡O! ¡quan a costa mía me desmiente!

¡O dura mano! ¡o bárbara, implacable!
¿A quién, clamo sin fin, a quien heriste
Con la aguda guadaña, abominable?

¡A Fílis! ¡a mi Fílis!... ¡Ay! ¿qué hiciste?

¿Ignoraste al lanzar ¡ciega homicida!
Tu fúnebre saeta, donde diste?

Ya lo confirmas en tu infame huida,
Y en el Lete te escondes entre horrores,
Tremenda Diosa, de tu error corrida.

Con tan cruel memoria mis dolores
Qual olas crecen de la mar: ¡cuitado!
¿Qué he de hacer sin mi bien, sin mis amores?

¡Que ya no gozaré su alegre lado!
¡Ni he de oír sus suavísimas razones!
¡Ni he de ver su rostro el tierno agrado!

¡Sus ojuelos, imán de corazones,
Aquellos ojos, cuya lumbre clara
Tras sí arrastraron tantas atenciones!

¡Y aquella faz divina, hermosa y rara,
Que ya en eterna noche se obscurece!
¡Ay muerte dura, de mi bien avara!

Mi llanto y mi dolor más y más crece;
Pero ¡que mucho! si en mi acerba pena
Todo el orbe dolido se enternece.

Con horrísono silbo el ayre suena,
Ni el agua corre ya como solía,
Ni la tierra es fructífera, ni amena.

Ni arrebolado asoma el albo día,
Ni es el sol en su cumbre refulgente,
Ni la luna en la noche húmeda y fría.

El Tormes el raudal de su corriente
Detiene por seguir mi amargo llanto,
De ciprés coronada la ancha frente.

Con lúgubre aparato y triste canto
De sus Ninfas el coro le rodea:
¡Ay! ¡como crece al verlas mi quebranto!

No ya el nácar sus cuellos hermosea,
Ni sembrado de perlas y corales
Su cabello en los hombros libre ondea.

Mustio taray y tocas funerales
Hoy visten todas por la Fílís mía,
De su agudo pesar ciertas señales.

O! ¡qual con ellas yo la vi algún día
Del seco agosto en la enojosa llama
Triscar alegre en la corriente fría!

Hoy en llanto su pecho se derrama,
Y con doliente lúgubre alarido,
Qual si la oyese cada qual la llama.

El raudo Tormes con mortal quejido
También las acompaña, y su lamento
Merece de Neptuno ser oído.

Neptuno, el que del húmido elemento
Modera la soberbia procelosa,
Ocupando entre Dioses alto asiento;

El que en su ligereza impetuosa,
Con su tridente en carro de corales
Rige del mar la furia sonora,

Retraxe el curso a repetir mis males,
Y en ronco son los hórridos tritones
Dieron de su dolor ciertas señales.

Del húmido palacio los salones
Retumbaron con fúnebres gemidos,
Y temblaron columnas y artesones.

Las focas y delfines doloridos
En rumbo incierto por la mar vagaban,
De tan nuevos prodigios aturdidos;

Y como que asombrados preguntaban
¿Qué horror es éste y doloroso estruendo?
Y los míseros llantos remedaban.

Las colas escamosas revolviendo,
Y en las cerúleas ondas excitando
Desapacible son, ronco y horrendo.

Por las vecinas playas lamentando

Sonaban de otra parte los zagales
En verso triste mi desastre infando.

Mas ¡ay!¡ay! que sus voces a mis males
En nada alivio dan; mas antes crecen
En mis ojos dos fuentes inmortales:

Que si ya, Fili amada, no merecen
Estar colgados de tu faz suave,
Mejor en ciego llanto así fenecen.

¡O dolor sobre todos el mas grave!
¡O flor! ¡o breve bien! ¡o corta vida!
Quien en ti se confía poco sabe.

Apenas apareces, ya eres ida,
Dexando la esperanza en ti fundada,
Qual mustia flor del vástago partida.

¿Quién pudiera decirme que mi amada,
Mi tierna palomita, de repente
Así del seno me sería robada,

Quando a aguardarla fui junto a la fuente
La tarde antes del aciago día
En la margen del Tormes transparente?

¡Cómo me recibió! ¡con que alegría
De mí burlando mi temor culpaba,
Y fiel su eterna llama me ofrecía!

¡Con que halagüeños ojos me miraba!
¡Y con quantos dulcísimos favores
Mis dudas, mis zozobras alentaba!

¡O mi acabado bien! ¡o mis amores!
¿Quién entonces creyera tal fracaso,
Ni tras ventura tal estos dolores?

Viendo tu vida en el primero paso,
¿Quién rezelara que su luz temprana
Corriera así tan súbita a su ocaso?

Contino, Fílis, de mis ojos mana
Un mar de ardiente lloro ¡ay sin ventura!
Aciago fruto en mi esperanza vana.

Tu cruda ausencia mi dolor apura,
Y el no haberla ¡ay de mí! jamás pensado
Dobla al mísero pecho la amargura.

Bien pude, puesto que me vi encumbrado
A lo sumo del bien que en hombre cabe,
Temblar el triste fin en que he parado.

¿Pero quien con amor temerlo sabe?
¿Ni entonces hace del agujero cuenta?
¿Ni del búho que suena aciago y grave?

En vano desde el roble en que se asienta
Anuncia la corneja el fatal caso;
Que a un pecho con pasión nada amedrenta.

¡Ay! como yo la vía, y no fue acaso,
La noche en que enfermó mi Fili amada,
Volar chillando con aliento escaso.

Acuérdome también que a la alborada,
Dexando ya paciendo mi ganado,
A hablarla fuera en su feliz majada,

Y vi un lobo feroz haber robado
Una mansa cordera, blanca y bella,
Y devorarla sobre el fresco prado.

Corrí compadecido a socorrella,
Y al punto... ante mis ojos... ¡que portento!
En humo denso se me huyó con ella.

Yo hasta aquel pronto de temor exento,
Del espantable caso sorprendido
Caí sobre la yerba sin aliento.

¡O que de tiempo estuve allí tendido!
Y quando ya en mi acuerdo hube tornado,
¡Ay a llorar en tanto mal sumido!

Sin poder proseguir lo comenzado,
Y atónito de ver portentos tales
Volví lleno de horror a mi ganado.

Allí luego encontré nuevas señales

Que algún terrible caso me anunciaban,
Agüeros ciertos de mis crudos males.

Mis mansas ovejillas se espantaban,
Y qual si las siguiera un lobo fiero,
Corriendo en torno del redil balaban.

A un lado oí quejido lastimero,
Y al ir a examinarlo... de repente...
¿Callarélo, o diré tan triste agüero?

Vi dividida por agudo diente
La corderita a Fílis prometida,
Que mi mano cuidaba diligente.

Al pie de ella la madre dolorida
Con débiles balidos la lloraba,
Queriendo con su aliento aun darle vida,

Entonces yo sentí que se me entraba
Un temor acá dentro desusado,
Y el corazón mil males me anunciaba.

¡O mi Fili! ¡o mi bien! ¡o desgraciado!
¿Qué pudieron decirme estos agüeros?
¿Que era ya de tu vida el fin llegado?

¿Que esto anunciaban los prodigios fieros?
¿Y esto la triste ave y la cordera?
¡Ay, acabados gustos verdaderos!

¡Vida, qual fugaz sombra pasajera!
Ya a la mía no queda sino llanto,
Prueba segura de mi fe sincera.

Crecerá siempre mi mortal quebranto,
Hasta que huyendo este nubloso suelo
En lazo a ti me una eterno y santo.

Ni pienses, mis amores, que consuelo
Halle jamás mi espíritu abatido,
Que en ti el bien me dexó con presto vuelo.

Y en lágrimas y penas sumergido,
Tu imagen sola cada vez más viva
Mi pecho ocupa de su amor herido.

La horrible parca que de ti me priva
No hará que yo te olvide, mi señora,
Que mi llama en tu falta más se aviva;

Y acuerda al alma triste en cada hora
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera,
¡Cómo el pensarlo me atormenta ahora!

La delicada voz, la voz postrera
Que en tu labio sonó ya moribundo,
Jamás podré olvidarla aunque yo muera.

¡Pues que, si el espectáculo profundo
Se me presenta de tu muerte aciaga!
En un mar de mis lágrimas me inundo.

¡Ay! déxame que en ellas me deshaga,
Y que en largos suspiros exhalado
Mi espíritu a sus ansias satisfaga.

Paréceme mirarte en el cuitado
Trance de la postrera despedida,
Pálido el rostro, frío y demudado,

Del todo casi ya desfallecida,
Fixos en mí con gesto lastimero
Los ojos y su luz obscurecida,

Diciéndome: *Batilo, yo me muero;*
Y al quererme abrazar aun débilmente
En mi boca lanzando el ¡ay! postrero.

¡O dolor! ¡quanto estabas diferente
De aquella que antes por tus gracias fuiste,
El milagro de amor más reverente!

¡O, no me aflixas más, memoria triste!
Dexa, dexa acabarme en mi amargura:
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.

Mi fe, mi firme fe te lo asegura:
No puedo yo vivir de ti apartado,
Que el ansia de te ver mi vida apura.

Entonces de temores sosegado

Y en mi amor casto, ardiente, verdadero
Por siempre a ti me gozaré ayuntado.

¡Ay! ¿que en la tierra, miserable, espero?
¡Muerte cruel, tan pronta con mi amada,
En mí executa, en mí tu golpe fiero!

Arráncame esta vida quebrantada:
Llévame con mi Fílis al sosiego
De que el ánima está necesitada.

Muévante, o cruda, mi infelice ruego,
La vida que aquí paso dolorosa,
Y el largo llanto con que el campo riego.

No pienses, no, mostrarte rigurosa
Mi pecho hiriendo en ansias abismado,
Que antes serás en tu rigor piadosa.

Pues yo de alivio ya desesperado
Ni curo tener cuenta con mi vida,
Ni un breve alivio a mi infeliz cuidado.

Mis lágrimas son siempre sin medida,
Y en los suspiros con que canso al cielo
El alma se me arranca dolorida.

Ni para alimentarme hallo consuelo,
Ni es otra mi bebida que mi llanto,
Ni del sueño me alivia el vago vuelo.

Pues quando al fin rendido en mi quebranto
Entre sus blandas alas me adormece,
Luego despavorido me levanto.

Que mil sombras tristísimas me ofrece
Tendiendo yo la mano arrebatado
Al bien que niebla vana desaparece.

Tal es de mi vivir el triste estado,
Huyendo en torva faz siempre las gentes,
Y de ellas por sin seso baldonado.

Solo en mis ovejillas inocentes
Compasión halla mi amoroso anhelo,
Si es que cabe en mis ansias inclementes.

Ellas solas me siguen en mi duelo,
Y en torno rodeándome apiñadas
Doblan con su balar mi desconsuelo.

Las que tuve a mi Fílis destinadas
Todas sin quedar una han fenecido.
¡Ay corderas, qual ella desgraciadas!

A las otras el prado florecido
Jamás mueve a pacer, aunque acabando
Las miro con tristísimo balido.

Aquí las tiernas crías van quedando,
Las madres allí caen sin aliento,
Todas en quanto mueren suspirando.

Mientras mi perro fiel su sentimiento
Me muestra lastimado en ronco aullido,
Los pies me lame y me contempla atento;

O ya el camino corre conocido
Que a la majada de mi Fílis guía:
Torna, se para, y cae sin sentido.

Su compasión enciende el alma mía.
¡O! fenezca esta vida desastrada,
Que de ir a acompañarte me desvía.

¡O mi bien! ¡mis amores! ¡o eclipsada
Lumbre de estos mis ojos! ¡mi consuelo!
¡Rosa en abril florido marchitada!

Llévame donde estás con presto vuelo:
Acabe, acabe mi mortal quebranto,
Y allá te abraze en el alegre cielo.

Pídeselo con ruego y tierno llanto
A aquel, que inmóvil ve desde su altura,
Mi firme amor y mi deseo santo.

Entonces sí que libre de amargura
Mi honesta voluntad contigo unida
Gozará el lleno bien que acá le apura.

Entonces sí que el ánima afligida

En ti descansará con paz gustosa,
Ya en todos sus deseos complacida;

Y con habla dulcísima y sabrosa,
Conversando contigo mano a mano,
Podrá llamarse sin temor dichosa.

¿Qué? ¿no te mueve mi dolor insano?
¿De tu Batilo, Fílis, ya te olvidas?
¿Su voz desdeñas? ¿su clamar es vano?

¿Do están las voluntades tan unidas?
¿Do están?... Mas no se cuida allá en la altura
De las cosas viviendo prometidas.

Y tú en eterna paz, libre y segura
De un infeliz en su dolor perdido
Las lágrimas no ves, ni la amargura.

Mas yo sobre tu losa aquí tendido
Besándola he de estar sin apartarme,
Ni templar ¡ay! el mísero gemido,

Hasta que mi dolor llegue a acabarme,
Y suba en vuelo alegre arrebatado
Donde pueda por siempre a ti juntarme,
Y gozar tu semblante regalado.

ELEGÍA III.

La partida.

Ea fin voy a partir, bárbara amiga,
Voy a partir, y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad: lo mandas;
Ni sé, ni puedo resistir. Adoro
La mano que me hiere, y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.

No temas ya las sombras que te asustan,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Qual fantasmas horribles, a la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,
Que nacer solo hicieran.... En mi labio

La queja bien no está: gima y suspire;
No a culpar tu rigor de los instantes
Del más ardiente amor tal vez postreros.

Tú de ti misma juez mis ansias juzga,
Mi dolor justifica; a mi no es dado
Sino partir. ¡O Dios! ¡de mi inefable
Felicidad huir! ¡en mis oídos
No sonará su voz! ¡no las ternezas
De su ardiente pasión! ¡mis ojos tristes
No la verán, no buscarán los suyos,
Y en ellos su alegría y su ventura!

¡No sentiré su delicada mano
Dulcemente tal vez premiar la mía
Yo extático de amor!... ¡Bárbara! ¡injusta!
¿Qué pretendes hacer? ¿qué placer cabe
En afligir al mismo a quien adoras?
¿Qué te idolatra ciego? No, no es tuyo
Este exceso de horror: tu blando pecho,
De dulzura y piedad a par formado,
No inhumano bastara a concebirlo.

Tu amable boca, el órgano suave
De amor, que sólo articular palabras
De alegría y consuelo antes supiera,
No lo alcanzó a mandar. Sí: te conozco;
Te justifico, y las congojas veo
De tu inocente corazón... mi vida,
Mi esperanza, mi bien, ¡ah! ve el abismo
Do vimos a caer: que te fascinas;
Que no conoces el horrible trance
En que vas a quedar, que a mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces deslumbrada: en vano
Tranquila ya, despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.

Habré partido yo, y el rechinido
Del eje, el grito del zagal, el bronco
Confuso son de las veloces ruedas,
A herir tu oído y afligir tu pecho
De un inútil pasar irán agudos.
Yo entre tanto abatido, desolado,
A tu estancia feliz vueltos los ojos,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,

Te diré A DIOS, y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan,
Mis fenecidas glorias repasando
Y mis presentes invencibles males.

¡Ay! ¿do si un paso das, donde no encuentres
De nuestro tierno amor mil dulces muestras?
Entra aquí, corre allá, pasa a otra estancia:
Aquí, ellas te dirán, se postró humilde
A tus pies, y la mano allí le diste;
Allá loco en su ardor, corrió a tu encuentro;
Y allí le viste en lágrimas bañado,
En lágrimas de amor; con mil ternezas
Más allá fino te ofreció su llama,
Y al cielo hizo testigo y los luceros
De su lazada eterna indisoluble
En la noche feliz..., Sedlo, fulgentes
Antorchas del olimpo, y tú, callada
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,
Y antes mi gloria y sus finezas viste.

Sedlo, y benignas en mi amarga suerte
Ved a mi amada, vedla y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla, y gozad de su donoso vista,
De las sencillas animadas gracias
De tu semblante. ¡O Dios! yo afortunado
Las gozaba también su voz oía,
Su voz encantadora, que elevada
Lleva el alma tras sí, su voz que sabe
Hacer dulce hasta el NO, gratas las quejas.

¡O! ¡que de veces de sus tiernos labios
Me enagenó la plácida sonrisa,
Las vivas sales y hechiceras gracias!
¡O! ¡que de tardes, de agradables horas
De nuestro amor hablando instantes breves
Se nos huyeron! ¡que de ardientes votos!
¡Que de suspiros y esperanzas dulces
A la par nuestras almas concibieron,
Y el cielo hoy en cólera condena!

¡Qué proyectos formáramos!... mi vida,
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,
Amiga, hermana, esposa, ¡o si yo hallara
Otro nombre aún más dulce! ¿qué pretendes?

¿Sabes do quieres despeñarme? espera,
Aguarda pocos días; no me ahogues.
Después yo mismo partiré, tú nada
Tendrás que hacer, ni que mandar: humilde
Correré a mi destierro y resignado.

Mas hora ¡irme! ¡dexarte! si me amas,
¿Por qué me echas de ti, bárbara amiga?...
Ya lo veo: te canso; cuidadosa
Conmigo evitas el secreto; me huyes:
Sola te asustas y de todo tiemblas.
Tu la lengua se tropieza balbuciente,
Y embarazada estás quando me miras.
Si yo te miro, desmayada tornas
La faz, y alguna lágrima.... ¡o martirio!

Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos
Otros ¡ay! otros eran: me buscaban,
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis tímidos deseos.
¿Te has olvidado de la selva hojosa,
Do huyendo veces tantas del bullicio,
En sus obscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso,
Do alentar libres de mordaz censura?
¿Que sitio no oyó allí nuestras ternezas?

¿No ardió con nuestra llama? Al lugar corre
Do reposar solíamos, y escucha
Tu blando corazón: si él mis suspiros
Se atreve a condenar, dócil al punto
Cedo a tu imperio, y parto. Pero en vano
Te reconvento: yo te canso; acaba
De arrojarme de ti, cruel,... Perdona,
Perdona a mi delirio: de rodillas
Tus pies abrazo y tu piedad imploro.
¡Yo acusar tu fineza!... ¡yo cansarte!...
¡A ti que me idolatras!... no, la pluma
Se deslizó, mis lágrimas lo borren.

¡O Dios! yo la he ultrajado: esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,
Dispón, ordena, manda: te obedezco;
Sé que me adoras; no lo dudo: humilde
Me resigno a tu arbitrio... El coche se oye
Y del sonante látigo el chasquido,

El ronco estruendo, el retiñir agudo,
Viene a colmar la turbación horrible
De mi agitado corazón.... Se acerca
Veloz y para: te obedezco y parto.
A DIOS, amada, A DIOS... el llanto acabe,
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

ELEGÍA IV.

El retrato

¿Si es él, Amor? ¡qué trémula la mano
Rompe el último neta! me lo anuncia
Con zozobra feliz saltando el pecho.
No, no puedo dudarlo: el importuno
Velo cayó; tu celestial imagen,
Tu suspirado don... mi amante boca
Con mil dulces finezas, mi llagado,
Mi triste corazón con mil suspiros
Ambos a par lo adoren, y el tributo
Primero denle de mi tierno pecho.

Milagro del pincel, amable copia
Del más amable objeto, ciego torno
A mirarte otra vez: ojos, gozadla;
Saciate, corazón,... no estás ausente.
Ingenioso su amor buscarte supo,
Supo templar de su cruel imperio
El áspero rigor, y fino hallarte,
De su ternura celestial, o amada,
O mitad de mi vida, tal milagro
De cariño esperaba mi deseo.

Llegó, y puedo contigo consolarme,
En mi inmenso penar gemir contigo,
Y en tu seno lanzar la ardiente vena
De lágrimas, que inunda mis mexillas
En tan mortal insoportable ausencia.
Si, amada, ya te tengo: ya en mi pecho
Fino te estrecharé: mis tristes ojos
Te ven, el fuego de los tuyos sienten,
Y mis manos te tocan, y mis labios
Pueden saciarse de oprimirte finos,
Y mis suspiros animarte; y toda

Inundarte en mis lágrimas ardientes.

Las sientes, ¿y no lloras? ¿a mis ayes
Dolientes ¡ay! los tuyos no responden?
¿Y a mis quejas y míseros gemidos?
A ti me vuelvo desolado, te hablo,
¿Y muda está tu cariñosa lengua?
Clori, Clori, mi bien,... ¡loco deseo!
¡Fantástica ilusión!... A sombras vanas,
A un mentido color prestar quería
La vida, el fuego, el soberano encanto,
Que al prototipo celestial animan.
¡O! ¡cómo, como en este punto siento
De mi suerte el horror, el hondo abismo
Do sepultado y sin consuelo lloro!
¡Ausencia! ¡ausencia! arráncame la vida:
No de ilusión en ilusión me lleves.

Un breve plazo tus dolores templas,
Y tornas luego, y más cruel divides
En partes mil mi lastimado pecho.
¡Ay! un instante en mi ilusión creía,
Mirando absorto el celestial trasunto,
Que mis ternezas, mis sentidos ayes
Halagüeña escuchabas; que tus labios
Se desplegaban en amable risa;
Que al esplendor del animado fuego
En que tus ojos agraciados lucen
La llama se alentaba de los míos;
Y que Amor coloraba tus mejillas,
Dulce señuelo a mi sedienta boca,
O el elástico seno conturbaba
En grata ondulación... Me precipito
Frenético en mi error... Clori, tu imagen
Helada me recibe: no, no siente
Así qual tú... el encanto lisonjero
Se desvanece, y a una sombra abrazo
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,
Y una sombra acaricio, y mil finezas
Loco le digo, y que responda anhelo.

¡Ay! eres tú adorada, ¿y callas tibia?
¿Y a mi llanto tus lágrimas no corren?
¿Por qué insensible a mis cariños eres?
¿Y eres de nieve al fuego en que me abraso?
¿Por qué en los ojos la inquietud graciosa,

El vivaz sentimiento, la ternura,
El delicioso hechizo hallar no puedo
Que en los tuyos de amores me embriaga
Háblame, idolatrada, o no me burles
Qual si a abrir fueras cariñosa el labio.

O en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, o falaces no remedén
Otras, do Amor su trono soberano
Sentó y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yazca; vuélvase y recline
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya, y gózeme dichoso
Qual veces tantas en su dulce peso.

Sienta tu pecho: a la ternura se abra,
Ábrase al blando amor, y arda y palpíte,
Y en plácida efusión al pecho mío
Haga correr el celestial encanto
De su angélica llama, de los puros
Afectos más que humanos que en sí abriga;
O el lácteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es suave amor, dulzura todo,
Sencillez tierna y cariñosas ansias,
Placer, transportos, éxtasis, delicias.

Ne la alba mano el abanico agite
En juego inútil, o mi dócil cuello
En torno ciña en lazo venturoso,
Indisoluble lazo en que añudara
Nuestras almas el cielo para siempre.
O qual un tiempo cariñosa, oprima
Mi palpitante corazón, y sienta
El fuego asolador que le consume.

¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel rudo
Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tus gracias, tu candor... De mármol era,
Si viéndola el artista... no, profano;
Mis labios solos tributarla deben
En su delirio idólatras el culto
Que le ha votado amor: tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡qué digo!

¿La menor de sus gracias puede acaso

Remedar el pincel? ¿débil el arte
No cede a empresa tanta y se confunde?
¿Esas cejas sin alma, es esa frente
La tuya, Clori mía? ¿son tus ojos
Festivos, centellantes, halagüeños,
Estos ojos parados? ¿las mexillas
Son la púrpura y leche en deliciosa
Mezcla deshechas, como tú las llevas
En tus llenas mexillas sonrosadas?

¡Y tu seno y tu tez, y el suave agrado
De tu semblante, y la donosa gracia
De tus razones!... ¡Qué violenta hoguera
Circula por mis venas!... ¡qué suspiros
Se exhalan sin sentirlo de mi pecho!
¡Cómo agitado el corazón palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imagen muda... irresistible
La mágica virtud de tu presencia
Me arrastra... desfallecen mis rodillas...

Cubren mil sombras mis llorosos ojos...
Un ardor... un ardor... mi bien, mi gloria,
Clori, adorable amiga, ¡o! ¡si pudiese
Llegar a ti la conmoción que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusión me inundo!
¡Si a ti llegasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furores
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imagen!... tus mexillas.

Y tu frente, y tus ojos, y tu boca,
Y cuello, y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarías...
¿Por qué estos cultos a una imagen muda
Se habrán de tributar? ven, ven, amada,
A recibirlos, ven en los transportos
Del más violento amor: no se profanen
En una helada inanimada sombra.
Ven luego, ven, y unámonos por siempre;
O a mí me dexa a tus amantes brazos
Fino volar, y colma mi ventura.

Una palabra, una palabra sola...
Dila, y feliz recibirás los cultos
Que idólatra tributo a tu retrato.
Él entre tanto sobre el pecho mío
Será alivio a mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza, y suplirá ¡ay! en vano
De su divino original la ausencia.

ELEGÍA V

A Jovino: el melancólico.

Quando la sombra fúnebre, y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror, que quando en tranquilo
Reposo los mortales las delicias
Gustan de un blando saludable sueño;
Tu amigo solo en lágrimas bañado
Vela, Jovino, y al dudoso brillo
De una cansada luz, en tristes ayes
Contigo alivia su dolor profundo.

¡Ah! ¡quan distinto en los fugaces días
De sus venturas y soñada gloria,
Con grata voz tu oído regalaba!
Quando ufano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos
Depositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables.
Huyeron prestos como frágil sombra,
Huyeron estos días; y al abismo
De la desdicha el mísero ha baxado.

Tú me juzgas feliz... ¡O si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga,
Que ya sangre vertiendo noche y día!
¡O si del vivo, del letal veneno
Que en silencio le abrasa, los horrores,
La fuerza conocieses! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo a un triste,
Leal confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.

En tu fiel seno, de bondad dechado,
Mis infelices lágrimas se vierten
Y mis querellas sin temor; piadoso
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.

Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo.
Do quiera vuelvo los nublados ojos
Nada miro, nada hallo que me canse
Sino agudo dolor o tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
Parece que a mi vista en luto triste
Se envuelve umbría, y que sus leyes rotas,
Todo se precipita al caos antiguo.

Sí, amigo, sí: mi espíritu insensible
Del vivaz gozo a la impresión suave,
Todo lo anubla en su tristeza obscura,
Materia en todo a más dolor hallando,
Ya este fastidio universal que encuentra
En todo el corazón, perene causa.
La rubia aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente
Llamando al día, y desvelado me oye
Su luz molesta maldecir, los trinos
Con que las dulces aves la alborean
Turbando mis lamentos importunos.

El sol velando en centellantes fuegos
Su inaccesible magestad, preside
Qual rey al universo, esclarecido
De un mar de luz que de su trono corre;
Yo empero huyendo dél sin cesar llamo
La negra noche, y a sus brillos cierro
Mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega
Tanto anhelada; a lloro más ardiente,
A más gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño; de mí huye
Espavorido, y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo día,
Por él clamando detestar la noche.

Así tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice de ti lejos,
Lejos de todo bien sumido yace.

¡Ay! ¿dónde alivio encontraré a mis penas?
¿Quién pondrá fina mis extremas ansias?
¿O me dará que en el sepulcro goze
De un reposo y olvido sempiternos?...
Todo, todo me dexa y abandona.

La muerte imploro, y a mi voz la muerte
Cierra dura el oído: la paz llamo,
La suspirada paz que ponga al menos
Alguna leve tregua a las fatigas
En que el llagado corazón guerrea:
Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos; sordo se hace
El cielo a mi clamor; la paz que busco
Es guerra y turbación al pecho mío.
Así huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pie incierto,
Sin seso corro estos medrosos valles,
Ciego, insensible a las bellezas que hora
Al ánimo do quiera reflexivo
Natura ofrece en su estación más rica.

Un tiempo fue que de entusiasmo lleno
Yo las pude admirar, y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas
Entre éxtasis de gozo el labio mío.
¡O como entonces las opimas mieses,
Que de dorada arista defendidas
En su llena sazón ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡o como
La ronca voz, los cánticos sencillos
Con que su afán el labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundaran de alegría!

Los recamados centellantes rayos
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta,
Majestuoso el sol, de la tranquila
Nevada luna el silencioso paso,
Tanta luz como esmalta el velo hermoso
Con que en sombras la noche envuelve el mundo,
Melancólicas sombras, jamás fueran
Vistas de mí, sin bendecir humilde
La mano liberal, que omnipotente

De si tan rica muestra hacernos sabe:
Jamás lo fueran, sin sentir batiendo
Mi corazón en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Jovino, en mi entusiasmo
Perdido, dulcemente fugitivas
Volárseme las horas... Todo, todo
Se trocó a un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni más que padecer mi tierno pecho.
En él su hórrido trono alzó la obscura
Melancolía, y su mansión hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,
Y quanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razón abortar puede.

¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,
En él los ojos, como fría estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imagen muda!
¡Ay! ¡si me vieses! ¡ay! ¡en las tinieblas
Con fugaz planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frío, de mí propio
Huyendo y de fantasmas mil cercado!

¡Ay! ¡si pudieses ver... el devaneo
De mi ciega razón, tantos combates,
Tanto caer y levantarme tanto,
Temer, dudar y de mi vil flaqueza
Indignarme afrontado, en vivas llamas
Ardiendo el corazón al tiempo mismo!
¡Hacer al cielo mil fervientes votos,
Y al punto traspasarlos... el deseo...
La pasión, la razón ya vencedores...
Ya vencidos huir!... Ven, dulce amigo,
Consolador y amparo, ven y alienta
A este infeliz, que tu favor implora.

Extiende a mí la compasiva mano,
Y tu alto imperio a domeñar me, enseñe
La rebelde razón: en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa
Difícil senda que temblando sigo.

La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyeran de mi pecho triste,
Y en pos de ellas la paz tú conciliarme
Con ellas puedes, y salvarme puedes.
No tardes, ven; y poderoso templa
Tan insano furor: ampara, ampara
A un desdichado que al abismo que huye,
Se ve arrastrar por invencible impulso;
Y abrasado en angustias criminales,
Su corazón por la virtud suspira.

ELEGÍA VI

De mi vida

¿Dónde hallar podré paz? ¿el pecho mío,
Como alivio tendrá? ¿de mi deseo
Quien bastará a templar el desvarío?
Quanto imagino, quanto entiendo y veo
Todo enciende mi mal; todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.

Se alza espléndido el sol y el mundo alienta
De vida y acción lleno; a mí enojosa
Brilla su luz, y mi dolor fomenta.
Corre el velo la noche pavorosa
Bañando en alto sueño a los mortales,
Y en plácida quietud todo reposa:
Yo solo en vela en ansias infernales
Gimo, y el llanto mis mejillas ara,
Y al cielo envío mis eternos males.

¡Ay! ¡la suerte enemiga quan avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamás el bien busqué, que el mal no hallara.
En cuitada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mando, quien me hiciese
No hallé un halago, o me abrazase amigo.

¿Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz? ¿que de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese?
¿Nacen los hombres a penar? ¿ageno
Es el bien de la tierra? ¿o me castigas

A mí tan solo, Dios elemento y bueno?

Perdona mi impaciencia, si me obligas
A tan míseras quejas: ¿por qué el crudo
Dolor un breve punto no mitigas?
¿Por qué, por qué me hieres tan sañudo?
¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
¿El polvo ¡ay padre! en que ofenderte pudo?

Da paz a este mi pecho: de la obscura
Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
Llévame por tu diestra a la luz pura.
El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano,
Y haz la santa virtud mi eterno empleo.

Yo de mí nada puedo: que liviano,
Si asirle quiero, escapa; si frenarle,
De mi flaco poder se burla insano.
¡Quantas! ¡o quantas veces arrancarle
Del abismo do está! ¡quantas del puro,
Del casto bien propuse enamorarle!

¡O si alcanzase en soledad seguro
Vivir al menos, exclamé llorando!
Mi estado fuera entonces menos duro.
Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando,
La quieta noche, el turbulento día
Pasara yo sus obras contemplando.

Con el alba la célica armonía
De las aves del sueño me llamara,
Y a las suyas mi lengua se uniría
A adorar su bondad: quando vibrara
Más sus fuegos el sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardara:

Si su pendón la noche silencioso
Alzara, y en su trono, la alba luna
Bañara el mundo en esplendor gracioso,
Yo sus pasos siguiendo de una en una
Recordara, seguro de más daños,
Las vueltas que en mí usara la fortuna.
Allí alegre riyera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devaneo
De mis perdidos juveniles años.

Amé, y hallé dolor: volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serían
Al alma enferma saludable empleo;
Las ciencias me burlaron: me ofrecían
Remedios que mis llagas irritaban,
Y a la hidalga razón grillos ponían.

Dexélas, y corrí do me llamaban
La oficiosa ambición y los honores
Entre mil, que sus premios anhelaban;
Mas fastidiéme al punto, y a las flores
Me torné del placer tras un mentido
Bien, que a mi pecho causa mil dolores.

¡O! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
¡Siempre del mundo al ídolo cerrado
Los ojos, y a su voz mi incauto oído!
Y hubiera tantas ansias excusado,
Tanto miedo, y vergüenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.

Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error, y que se place
En que arrastren del vicio la cadena:
Nunca el seguro bien nos satisface;
El placer nos fascina; la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.

¿Quién hay que huele con segura planta
La ardua senda del bien? ¿y quién perdida,
La torna a hallar, y en ella se adelanta?
Toda es escollos nuestra frágil vida:
Tiende el vicio la red, y la dañosa
Ocasión por mil artes nos convida.

El deseo es osado, quan medrosa
Y flaca la razón: a quien el oro,
A quien mirada encanta cariñosa:
Otro al son corre del clarín sonoro
Tras la gloria fatal, y en grato acento
Le suena el bronce horrible, el triste lloro:
Aquel con impía audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave,
Y los monstruos dél mira contento.

Nadie se rige por razón, ni sabe
Que codicia, que teme, que desea,
Qual cosa vitupere y qual alabe.
Así el hombre felice devanea
Sin que jamás el justo medio acierte,
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que da por término en la muerte.